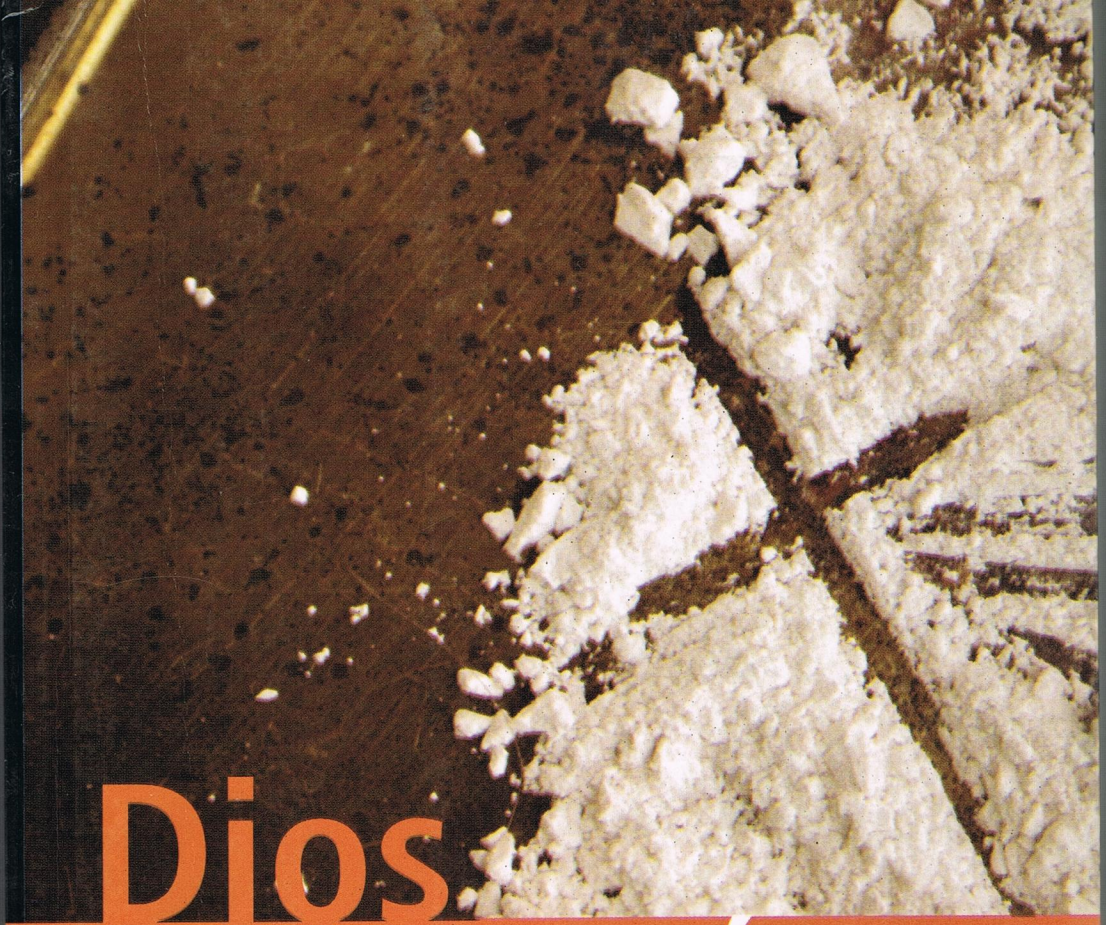
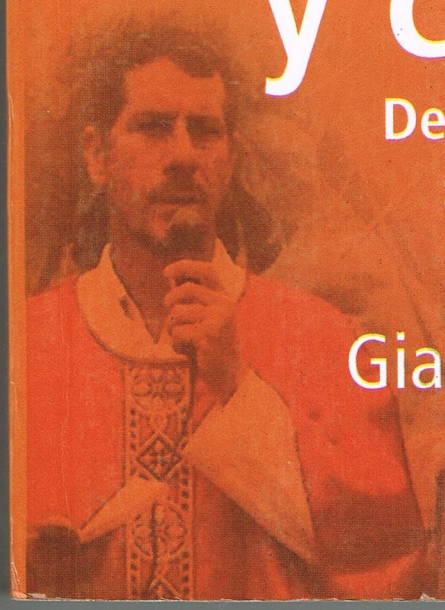


Dios y cocaína

De cómo un misionero sobrevivió en el Caguán



Giacinto Franzoi

intermedio

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

Contenido

PRÓLOGO 9

«TOMADO UN BARCO ZARPAMOS PARA LA OTRA ORILLA» 19

Génova 21
Marsella 28
Barcelona 29
Una parroquia flotante 33
Málaga 34
Llegando al Tajo 36
Lisboa, ciudad de navegantes 37
Tiempo de borrasca 38
Noticias en alta mar 40
La travesía 43
La Guaira 45
Curazao 50
La pelea de gallos 54

LLEGADA A COLOMBIA 57
La ciudad heroica 60
Hacia Bogotá 63

LA MISIÓN 69
La anaconda 81
Sucesos de la selva 83
Río abajo 91
La familia Pérez Flórez 98
Un alma en pena 103

LA FUERZA DE LA REALIDAD 105
Naufragio 110
Dolor de madre 114
Fanatismo religioso 121
Los «muchachos» llegan a Cartagena 123
Movilizaciones campesinas 129
Dios y el hombre 143
Los excesos de la violencia 150

SANGRE Y COCA 161
La condición del campesino
en el sur del mundo 173
Un episodio de risa 178
La inesperada caída de un ídolo 180
Noticias del Caguán 187
Un encuentro en la selva 189

La cárcel del pueblo
La luz misteriosa ...
La importancia de u
Los cuatro del avem
Fosas comunes .....
El cazador perdido.
Dios y coca .....
Paquetes desde el cie
Mujeres de Colombia
La situación actual
Un poco de historia
Los cuentos del pro
La política del terro
y los desechos socia
No a la coca, sí al
Una elección de vid
Otras crónicas desd
De vuelta a Remolin
El cuento de don Sa

EPÍLOGO .....

APÉNDICE .....

La cárcel del pueblo 192
La luz misteriosa 200
La importancia de una alternativa 204
Los cuatro del avemaría 208
Fosas comunes 211
El cazador perdido 215
Dios y coca 221
Paquetes desde el cielo 223
Mujeres de Colombia 227
La situación actual 235
Un poco de historia 238
Los cuentos del profesor 253
La política del terror
y los desechos sociales 259
No a la coca, sí al cacao 264
Una elección de vida 270
Otras crónicas desde el Caguán 273
De vuelta a Remolino 279
El cuento de don Salomón 285

EPÍLOGO 293

APÉNDICE 299

aventura lejos de [illegible] por varios días.

Dios y coca

Otra historia que nunca se me olvidará, la escuché personalmente por boca de uno de los colonos más viejos de la región, que después de haber luchado tanto para domesticar esta tierra, tuvo que abandonarla porque se estaba volviendo ciego.

Lo encuentro un día en su finca porque me llamó para ofrendar a san Isidro, patrón de los campesinos, una ternera de un año de vida. Entre una taza de tinto y recuerdos de una antigua época de conquista de nuevas tierras, me cuenta de cómo entró en el oscuro comercio de la coca.

> Antes que llegará la economía de la coca a la región, en los años sesenta, se había experimentado con el cultivo del tabaco. La primera cosecha la llevamos a la ciudad de Neiva, pero en el camino se nos mojó y así nos la compraron como de segunda calidad. En los años siguientes llegó la marihuana, y con esta mercancía se podía tratar con los comerciantes que pasaban por estos lugares. Pero esto no arreglaba nuestra condición de profunda pobreza.

El cultivo de la coca empezó en los años 1978-1979, introducido por un cierto señor de la vereda de Santo Domingo, que entregaba a los campesinos que lo querían las semillas de una mata de coca llamada «pajarita», con la condición de que le vendieran la cosecha a él. La verdad es que todos nosotros que vivíamos en estas tierras nos lanzamos en la nueva aventura.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha, apareció el señor acompañado por un socio de la ciudad de Cali, que después descubrimos era el químico, el que a través de una serie de procedimientos misteriosos, lograba sacar el alcaloide de aquel montón de hojas. A nosotros no nos permitían observar el procedimiento. El precio de aquella primera cosecha fue de 250 pesos por un gramo.

Manuel Cano suspiró, tomando su café que mientras tanto se había enfriado.

A nosotros los campesinos nos contrataban para hacer cosas tan complejas que al final no entendíamos nada. Unos desmenuzaban la hojas en grades cajas de madera, otros mezclaban todo con ciertos preparados químicos, otros lo estrujaban hasta que quedaba una pequeña bola como de caucho que secada al sol tomaba el aspecto de una harina con cristales de color amarillo. A cada cosecha los mismos encargos, los mismos movimientos, siempre bajo supervisión. Un día que el señor de Cali no estaba, nos pusimos de acuerdo para repetir nosotros los pasos del procedimiento, para ver si lográbamos llegar al producto final.

Aquel día nos olvidamos hasta del almuerzo, preparado por doña Clelia, esposa de uno de nuestros compañeros, que había sido contratada por el patrón. Buscamos el recipiente de zinc necesario para la última fase del procedimiento, que consiste en secar la mercancía. Al fin lo encontramos y contentos por como estaban andando las cosas, lo pusimos a secar en un lugar bien soleado. Nos sentamos a comer un plato de sancocho, en el laboratorio de casa. Cada rato alguien se asomaba a la ventana para observar y algún otro se iba a mezclar el menjurje para que se secara mejor. De repente escuchamos un ruido en la lámina de zinc y vimos a las gallinas volando por todas partes. Nos dimos cuenta que el recipiente estaba en el suelo y la coca se había derramado. Otro fracaso para nosotros pobres que nunca lograríamos hacernos ricos. La cosa positiva fue que aprendimos todo el proceso para extraer la maldita harina. Día tras día, cada uno de nosotros trabajaba por su cuenta y enseñaba a los demás los secretos del proceso. Querido amigo, después de todas las experiencias de mi vida, tengo que decirle que en esta tierra no hay otra economía que pueda sustituir la de la coca. No tengo vergüenza en declarar que en mi vida existen dos cosas: Dios y la coca.

Paquetes desde el cielo

El tema de la droga me interesa, porque es el problema social más grave presente en mi parroquia. Hay muchas preguntas que aún no tienen respuesta. Un día llegan a

Remolino los hijos de doña Natividad, de la familia Pérez Flórez. Nos une una buena amistad, no obstante las diferencias ideológicas que nos distinguen. Estamos sentados en la calle principal del pueblo, justo afuera de una panadería. No hay mucha gente pues no es fin de semana. Mientras tomamos una gaseosa fría, me permito preguntar a los hermanos: «¿Cómo ha empezado aquí en el Caguán el cultivo de la coca?». La risa de Jerson, el hermano mayor, es muy significativa. Simeón, el menor, empieza a contar.

> En aquella época todo era un misterio, se hacía todo en clandestinidad. Un día llegó a nuestra finca un cierto Marcos, que se presentó como médico y nos propuso un negocio, al cual, al comienzo, no le paramos muchas bolas. Nos decía que llevaba consigo las semillas de una planta llama pajarita, conseguidas en las reservas indígenas de Araracuara y Cuemaní, y que esto cambiaría para siempre nuestra economía. Nos decía que éramos libres de aceptar o no, pero que luego no podíamos quejarnos si nos quedábamos afuera. Nos explicaba cómo teníamos que sembrarla y cultivarla. Que regresaba cuando fuera tiempo de cosecha. De él no supimos más nada. Aceptamos la propuesta como aceptábamos las semillas para huertas que nos entregaba el instituto agrario. Llegar a estas regiones para nosotros siempre tuvo el mismo significado: huir de la violencia política, conquistar la selva y sembrar lo que fuera para poder cocinar nuestra comida típica. No queríamos otros problemas. No obstante todas nuestras reflexiones, decidimos sembrar la semilla en una tierra virgen recién conquistada talando los árboles que la ocupaban.

> Cada tanto le
> limpiándola de
> pués de cada a
> tiempo de la c
> del nuevo trab
>
> Todo siguió
> cinco meses. N
> hacia interesar
> comerciantes q
> tencia tremenda
> habían escucha
> la pasta base de
> muy grande, y t
> aquí a Remolin
> general. Los ca
> afuera de la bon
> ola de cientos
> Colombia.

Simeón toma un respiro
aprobación sobre lo que
la mano. El cuento se hac
siga hablándome de los a
la mercancía, de los labo

«Padre, esto es un as
en apoyo del hermano—.
y nosotros no queremos
Las pistas clandestinas de
carteles de la droga no so
construyeron en nuestro t
Cuando los narcos llegal
sacos y se iban con media

> Cada tanto le dedicábamos unos días de trabajo, limpiándola de las muchas hierbas que crecían después de cada aguacero. Un cierto don Elías llegó al tiempo de la cosecha para enseñarnos los secretos del nuevo trabajo.
>
> Todo siguió por algunas cosechas, cada cuatro, cinco meses. Nos dimos cuenta que el negocio se hacia interesante. Aparecían por el río muchos comerciantes que se hacían entre ellos una competencia tremenda, ofreciéndonos cifras que nunca se habían escuchado. Con las ganancias de la venta de la pasta base de coca nos compramos una lancha muy grande, y todos los fines de semana llegábamos aquí a Remolino a festejar. Fueron años de delirio general. Los campesinos que se habían quedado afuera de la bonanza nos pedían las semillas. Una ola de cientos de nuevas familias llegó de toda Colombia.

Simeón toma un respiro, mira al hermano para obtener aprobación sobre lo que ha dicho y se limpia los labios con la mano. El cuento se hace interesante y yo insisto para que siga hablándome de los aviones, de la comercialización de la mercancía, de los laboratorios que existen en la selva.

«Padre, esto es un asunto delicado —interviene Jerson en apoyo del hermano—. Hablar de esto es hablar de mafia y nosotros no queremos hacerlo porque trae problemas. Las pistas clandestinas de aterrizaje administradas por los carteles de la droga no son un misterio para nadie. Una la construyeron en nuestro terreno y el ejército la bombardeó. Cuando los narcos llegaban, traían el dinero en grandes sacos y se iban con media tonelada de cocaína. Y todo esto

sigue funcionando no obstante la guerra declarada por los gobiernos de medio mundo. Nosotros nos cansamos y prevemos que algo va a pasar. Mejor cambiar de aire».

En relación a los aviones que cada semana entraban y salían de la selva, hay recuerdos en cualquier parte, a lo largo del río Caguán. En el puerto de la misma Remolino unas gasolineras están utilizando viejos tanques de aviones que se habían caído en este negocio de la droga.

Algunos habitantes de Remolino cuentan que un día de verano, cuando las cosechas de hojas de coca eran muy escasas y faltaba el dinero, apareció en el cielo un pequeño avión que sobrevolaba la zona y daba vueltas, como si no supiera bien qué hacer. Aparecía arriba del vivero de la parroquia donde se cultivaba el caucho, luego por el lado opuesto, sobrevolando a baja altura la tierra del indio Emilio y asustando al ganado de don Carlino. Toda la gente había salido a la calle para asistir al insólito espectáculo. Luego de algunos minutos de silencio preocupante, apareció sobre los techos del pueblo y, a la altura de la cancha deportiva, desde el avión lanzaron unos objetos. Eran sacos llenos de dinero que unos encargados, avisados por radioteléfono, recogían de prisa y escondían en unas de aquellas barracas que en caso de necesidad se transforman en búnkeres defendidos por guardias armados. La gente observaba sin poder intervenir, acompañando el vuelo del avión que desafiaba la selva por un puñado de dólares, mientras los muchachos seguían trabajando bajo las miradas curiosas.

Pequeño ejército clandestino dispuesto a todo, enrolado para este tráfico cuyas alianzas siguen sin obstáculos.

Un comercio simple para una e
de desestabilizar cualquier dem
de una nación. Comerciantes
policías, carteles colombianos e
más poderosas del mundo. La
sido declarada en todos los fre
canzan cada día nuevas plazas.
un vals de éxitos y derrotas, víc
escándalos y favores mutuos en
terror. No se han secado las lag
cuando ya hay otra, agonizan
el parque publico de cualquier
que los años de Pablo Escobar
bajo la rabia de una nación en
de la droga han tomado su lug
anónimos mercenarios, disemi
lo largo de las rutas de este co
jeres jóvenes y ancianos impáv
aventura de desesperados, ac
trasportando más allá del océ
escondidos en sus vísceras.

Mujeres de Colombia

Hoy he organizado en el cent
particular; la he llamado «Noc

Es la tercera edición y su
tos, bailes y actividades cultu
humanos que es difícil ver co

Un comercio simple para una economía subterránea capaz de desestabilizar cualquier democracia o la entera economía de una nación. Comerciantes y políticos, empresarios y policías, carteles colombianos emparentados con las mafias más poderosas del mundo. La guerra contra la droga ha sido declarada en todos los frentes, pero sus tentáculos alcanzan cada día nuevas plazas. La guerra del siglo sigue en un vals de éxitos y derrotas, víctimas y buenas intenciones, escándalos y favores mutuos entre estas multinacionales del terror. No se han secado las lagrimas por la ultima víctima cuando ya hay otra, agonizante debajo de una banca en el parque publico de cualquier ciudad de Europa. Parece que los años de Pablo Escobar hayan decaído. Él ha caído bajo la rabia de una nación entera. Pero otros caballeros de la droga han tomado su lugar, engordando las filas de anónimos mercenarios, diseminados en todo el mundo a lo largo de las rutas de este comercio internacional. Mujeres jóvenes y ancianos impávidos, entrenados para esta aventura de desesperados, aceptan el trabajo de mula, trasportando más allá del océano óvulos de oro blanco escondidos en sus vísceras.

Mujeres de Colombia

Hoy he organizado en el centro pastoral una fiesta muy particular; la he llamado «Noche de estrellas».

Es la tercera edición y su objetivo es que, entre cantos, bailes y actividades culturales, resalten unos valores humanos que es difícil ver con los ojos banales de quien